

Uno de los nombres ineludibles de la llamada nueva narrativa chilena de los años 90 regresa al género de la novela con **El silencio del tiempo**, una historia de amor en tiempos de crisis y cambio.

El estallido social me provocó al inicio una gran esperanza y después una gran angustia”.

Dejé de escribir por una razón muy sencilla: me aburría, nada me gustaba”.

Me parece especialmente interesante el fenómeno actual de las mujeres novelistas”.

La literatura multiplica los mundos, abre o dispara inagotables maneras de humor, de comunicación”.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATORANA

Tuvieron que pasar veinticinco años para que Pablo Azócar (San Fernando, 1959), periodista, narrador y poeta, volviera a publicar una novela. Autor de **El señor que aparece de espaldas** (1997) y **Natalia** (1990), cuenta que hace tiempo venía “masticando” algunos temas, pero que escribió **El silencio del mundo** (Tusquets) “de una sentada, durante el extenuante paréntesis de la pandemia”.

Las circunstancias eran inimaginables. “El universo completo parecía haberse quedado en silencio, el cielo se había tornado de un azul intenso, habían aparecido cisnes en los canales de Venecia y algunos pumas en las calles de Santiago, y día a día crecía el número de muertos”, recuerda sobre esos días eternos en los que vivió el encierro “caminando en redondo, cocinando menús diferentes para mí, encargándole pisco sours a una actriz fantástica que lo hacía porque habían cerrado los teatros, leyendo noche y día, escribiendo con la percepción subjetiva de que se estaba acabando el mundo”.

Antes, había estallado la revuelta de octubre y ambas realidades se infiltraron en esta novela escrita como una larga carta que Elisa, una mujer que ya alcanza los 57 años, le dirige a Diego, el joven activista universitario que una semana le pide que cuide a su gato, Gengis Khan, y a la siguiente se refugia con ella, mientras una patrulla militar allana su departamento, en el mismo edificio, cercano al Parque Bustamante. “El estallido social me provocó al inicio una gran esperanza y después una gran angustia —reconoce—, me lo pasé entre cierta euforia y cierta desesperación. Un poco como le sucede a Elisa. Llegó un momento en que tánatos y la destrucción se lo fueron tomando todo”.

Lo que él se proponía era “escribir una historia de amor en estos convulsos días en que se resquebrajan los viejos soportes de la sociedad patriarcal, se reivindican múltiples sexualidades y se tensiona la pareja como la conocimos siempre”, explica, “pero el vértigo se había instalado entre nosotros y, desde el punto de vista dramático, la tentación era irresistible. Como el telón de fondo de una ópera, se me metió o entrometió el cisma del estallido social y, más tarde, el mundo paralizado por un virus”.

#### Volver en otra vida

—¿Qué significado tiene para usted volver a la novela después de todos estos años?

—Me asombra pensar que publiqué mi última novela cuando tenía la cabeza llena de pelo y casi no existían los teléfonos celulares. Es como volver a la novela en otra vida. El mundo de entonces era el de los diarios en papel, el de las micros amarillas, el de esa televisión de talante ochentero con un puñado de canales que hoy parece una reliquia, donde las relaciones eran cara a cara y estaba todavía muy lejos de llegar el futuro enloquecido y febril de las redes sociales. Nuestra vida no se convertía aún en una secuencia de Blade Runner, que ahora para los más jóvenes es ya un pasado remoto.

Aunque en el intertanto publicó cuentos, ensayo y poesía, Pablo Azócar explica: “Dejé de escribir por una razón muy sencilla: me aburría, nada me gustaba. Viví una adolescencia tardía, hacia los cuarenta años, tal vez el peor periodo de mi vida, y creo que también en la literatura maduré tardíamente. Recién hace algo más de diez años, cuando se me apareció o reapareció la poesía, de pronto algo cambió. Por primera vez había disfrutado la experiencia de escribir y no me disgustaba el resultado. Algo más o menos parecido me sucedió con esta novela. Capaz que ahora me convierta en uno de esos escritores pesados que publican una novela cada año”.

—¿Cómo ve la situación de la narrativa chilena hoy, en relación a esos “gloriosos” años 90?

—Sinceramente, pondría muy entre comillas el adjetivo de gloriosos.

ENTREVISTA | Periodista, narrador y poeta

**Pablo Azócar:**  
“Creí que no volvería a escribir”



FRANCISCO JAVIER OLEA

Si comparamos la narrativa chilena de esos años con la de hoy, estoy seguro de que las novelas de hoy ganarían por paliza. En esos años éramos un puñado de escritores y no había mucho más. Por lo general, era una literatura escrita por hombres y de clase media o clase media alta. Hoy lo que hay es una explosión de narrativas diferentes, infinitud de temas, edades, miradas, géneros, perspectivas. No digo que todo sea bueno, ni mucho menos, pero con cierta frecuencia me topo con novelas sorprendentes. Me parece especialmente interesante el fenómeno actual de las mujeres novelistas.

—Es curioso que esta vez haya tomado la voz de una mujer.

—Me lo pidió el texto, supongo. Nunca lo había intentado y sabía que no era fácil. Tuve muchas dudas, claro, en particular en estos tiempos tan llenos de suspicacias de género, pero llegó un momento en que comprendí que debía prestarle mi propia voz a la protagonista y entonces el texto comenzó a fluir. Eso sí, antes de publicarla sometí el texto a la lectura de cuatro amigas, todas muy lectoras, que me hicieron ver o descubrir un montón de matices.

—¿Y por qué quiso que fuera una carta, con una sucesión de fragmentos?

—No lo sé. Después de probar otras formas, me incliné por una primera persona que casi sin darme cuenta se fue convirtiendo en segunda persona, o sea en una larga carta. Como trabajo haciendo talleres individuales, tenía plena conciencia de los peligros de la segunda persona, que muy fácilmente puede resultar agotadora. Pero seguí adelante por la calidez, la intimidad, el tono confesional que le imprimía.

—Elisa se define como “poeta en retiro”.

¿Pueden “secarse” las palabras?

—Elisa es mi Madame Bovary; Elisa soy yo, en muchos sentidos. A ella se le secaron las palabras como se me habían secado brutalmente a mí. De verdad creí durante muchos años que no volvería a escribir. Pero ni ella ni yo perdimos nunca el placer de la lectura, esa relación concupiscente con los libros. Diría incluso, sin ánimo de dramatizar, que de algún modo nos salvamos en los libros. Nada como la literatura ayuda a sobrellevar la soledad más esencial.

#### La inmortalidad de los jóvenes

Si hay algo que distancia a Elisa y Diego, más que la enorme diferencia de edad, es la relación que tienen con el miedo. Diego no conoce el “miedo azul” del que habla Elisa, cuando recuerda cómo los militares se llevaron a su padre cuando ella tenía diez años. Él, en cambio, es temerario y desafía a la autoridad. Sobre una supuesta intención de plasmar esta diferencia generacional y social en su novela, Azócar afirma: “No lo sé, la verdad. Lo que puedo decir es que mi generación llegó a la vida adulta en la brutalidad de la dictadura y esas cosas dejan huellas. Una amiga me contó que cuando vino el estallido se encerró aterrorizada en el baño, porque estaba reviviendo el 73. Por otra parte, siempre me impresionó la sensación de inmortalidad que tienen los jóvenes como adherida a la piel, excepto los que han tenido traumas demasiado fuertes en la infancia”.

Elisa le abre su biblioteca a Diego, hablan de libros y autores e incluso les gusta encarnar a Virginia Woolf y su amiga/amante Vita Sackville-West, como si la literatura le diera realidad a su relación. “Puedo decir que, con el tiempo, la gran mayoría de mis relaciones son o se han ido tornando fundamentalmente literarias —reconoce Azócar—. Con mi última pareja la conexión más esencial fue a través de los libros. La literatura multiplica los mundos, abre o dispara inagotables maneras de humor, de comunicación”.

—Aquí recurre a la historia de Dido y Eneas, de la “Eneida”. ¿Toda la naturaleza humana se puede encontrar en los clásicos grecolatinos?

—Sí. Pareciera que allí, en el mundo antiguo, ya están enunciadas todas las pasiones y las pulsiones humanas, el amor, el desamor, la traición, la generosidad, la violencia, etcétera. Con Rafael Otano, que además de amigo es mi maestro, llevamos más de veinte años leyendo todas las semanas clásicos grecolatinos. Él no tiene idea cuánto le debemos yo y muchas otras personas, incluidos no pocos escritores. Originalmente quise escribir sobre la vida erótica de Ovidio visto con el tamiz de los días actuales, pero acabé entregado dócilmente a la metáfora romántica por excelencia, el amor y desamor de Dido y Eneas. La novela es un asedio o interrogación sobre el amor en una época en la que nadie parece tener las respuestas. Le presto mi voz a Elisa, nombre que en el mundo fenicio equivale a Dido, para que escriba una larga carta cuyo destinatario carga consigo, finalmente, el silencio del mundo.

MEMORIAS | Libro póstumo

## Juan Rivano: una vida de fragmentos y asociaciones

JUAN RODRÍGUEZ M.

La DINA lo secuestró en 1975, pasó por prisiones como la de Puchuncaví y partió al exilio, primero a Israel, después a Suecia. Allí, en Lund, se radicó con su familia y murió en 2015. Desde 1989, cuando la dictadura le permitió regresar, el filósofo Juan Rivano visitó periódicamente Chile. Y desde fines del siglo pasado comenzó a evocar su vida.

Escribía sus recuerdos. Lo hacía en la tarde, mientras esperaba la hora en que se subía a la bicicleta y partía a visitar a su mujer, Ilse, “mi rubiecita”, para darle de comer, luego caminar de la mano y finalmente sentarla frente al televisor y tenerla en sus brazos. Ella tenía alzhéimer.

“Come chocolate que le doy. A veces se queda dormida y me vienen pensamientos y sobre todo sentimientos que nunca tuve, hondísimos, a veces indeciblemente dolorosos, otras como si estuviera abrazado con mi amor en los cielos de la eternidad”, anotó Rivano en 1999, en Lund, en uno de los fragmentos biográficos que recoge **Evocaciones**, libro póstumo, recién publicado por Ediciones Táchitas.

La memoria, parece, funciona por asociación, es episódica, no un flujo. O al menos la de Rivano. Sin más, el libro comienza en 1981, con una reflexión sobre “las certezas que han llegado a explicitarse a través de mi vida”, desde el pensamiento dialéctico al

Desde la muerte de su madre y el terremoto de 1939, hasta el exilio y el regreso a Chile, pasando por su juventud callejera, los años de universidad, colegas amigos y no tan amigos, lecturas y canciones, y el golpe de Estado de 1973. **Evocaciones** (Táchitas) recoge en más de 600 páginas las anotaciones que el filósofo hizo entre fines de los años 90 y 2009.

insentido como visión de mundo. Luego retrocede a 1951, a su primera lectura de las **Confesiones** de san Agustín, vuelve a 1981, salta a 1930. Y así. “1948. ¡Las canciones de nuestra niñez y nuestra adolescencia! ¿Quién anduvo por el Paseo Ahumada sin detenerse a escuchar los tangos del viejo ciego con el acordeón?”.

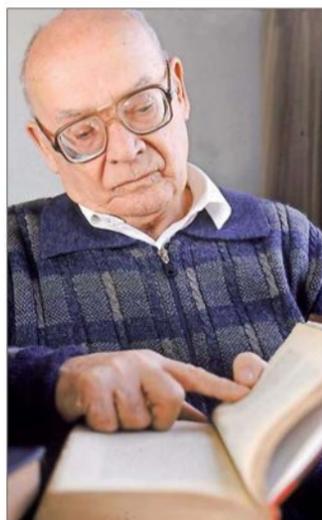
Rivano nació en 1926, en Santiago, pero creció en Cauquenes. Fue el noveno de 13 hermanos. Su madre, que murió en 1933, es un fantasma que ronda las más de 600 páginas de **Evocaciones**.

“Con las canciones de mi amada madre, tengo muchos recuerdos como en cofre aparte. Porque ella murió antes de cumplir mis siete años. Todo puede ir en desorden en los recuerdos de mi madre; pero todos se refieren a mis siete primeros años, cuando viví con esa diosa”, anota. “Mi madre muerta, allí en el cementerio. El miedo de caminar hacia su tumba en una

noche clara de majestuosa luna. El miedo, y la vergüenza enorme de sentir miedo”.

**Evocaciones** fue encontrado en el computador de Rivano, “una máquina con versiones antiguas de programas que él empleaba con cierta dificultad”, se lee en la “Nota a la edición”. Son en parte notas manuscritas, que luego traspasaba al computador, aunque la mayoría de los recuerdos fueron directamente al aparato. Comenzó a escribirlos a fines del siglo pasado y terminó a fines de 2009, un año después de la muerte de su esposa. Mucho material, “horas y días enteros de trabajo”, se perdió.

Y aun así hay una memoria, no completa, porque eso es imposible, pero sí suficiente para dejar registro de una vida. Está el terremoto de Chillán de 1939 (“Las ondas sísmicas pasaron paralelas al muro en que está el nicho de mi madre, de modo que el atañid golpeaba sobre un costado y después sobre el otro del nicho”); la adolescencia en Santiago, trabajando y callejando, a veces con hambre y durmiendo en el Parque Forestal; los estudios de matemáticas y filosofía, el viaje a Europa que lo sanó de las abstracciones



Juan Rivano fue secuestrado por la DINA en 1975. Se exilió en Suecia; allí murió en 2015.

CAROLA PIRILLCA

metafísicas y existencialistas y lo devolvió a la sociedad y sus condiciones materiales.

También están la vida académica, la reforma universitaria, las amistades y enemistades con colegas como Marco Antonio Allendes, Humberto Giannini, Carla Cordua y Joaquín Barceló; la Unidad Popular, discípulos como Iván Jaksic y Rogelio Rodríguez, el golpe de Estado, el secuestro y sus días como prisionero político, el exilio y sus vicisitudes, el regreso a Chile. Sus enamoramientos infantiles, ju-

veniles y adultos; sus ideas y lecturas. Sus libros. Sus hermanos, entre ellos Luis, el escritor y librero; conocidos y cercanos como Braulio Arenas, Marta Brunet y Pablo de Rokha.

Hay una clara imagen de sí mismo —“un pobre diablo que va desde la acera a los altos de la filosofía y que una vez allí pugna por traer la filosofía a su lugar: la acera”—, y abundan la ironía y el sarcasmo: “1951. El Departamento de Filosofía tenía sus lados de casa de reposo: había gente que sentía náuseas, gentes a las que les dolía el ser, gentes que eran para la muerte. Había tarados también, cojos y tartamudos. A mí me penaban el Comienzo Absoluto. La Evidencia Apodíctica y el Residuo Cero”.

Antes de 1973, Rivano publicó libros como **El punto de vista de la miseria**, **Cultura de la servidumbre** y **Contra sofistas**. Después, especialmente cuando pudo volver a Chile, solía llegar con manuscritos; libros como **La vertebración de la filosofía** o las autobiografías **Largo contrapunto** y **La ronda de San Miguel**.

Su obra ha empezado a ser recuperada; en 2017 Táchitas rescató en un volumen los libros sobre El Eclesiastés, Diógenes y Montaigne. En 2021, Ediciones UDP publicó **Diarios del exilio y del retorno**.

Ahora se suma **Evocaciones**; allí escribió: “2001. Llego por una estadía de un mes a Chile (...). Permanezco solo un mes cada año desde que Ilse está en el hogar de enfermos de Norrdala, Lund. Veo a mis ya viejos discípulos, a mis ya viejísimos profesores de los años de liceo. Me ocupo de mis publicaciones también. ¿Dónde, si no es en Chile, van a importar, si es que importan?”.